

## LA CUESTIÓN FEMENINA EN NUESTROS DÍAS<sup>1</sup>

En la actualidad está socialmente rebasada la teoría de la inferioridad intelectual femenina; un número considerable de mujeres de todas las condiciones sociales han demostrado prácticamente la falsedad del dogma, podríamos decir, demostrando la excelente calidad de sus aptitudes en todas las ramas de la actividad humana. Sólo en las capas sociales inferiores, en donde penetra más lentamente la cultura, puede sostenerse aún tan perniciosa creencia.

Pero, cuando el campo parecía despejado, un *nuevo dogma* - éste con aparentes garantías científicas - *obstaculiza* el camino de la mujer levantando nuevos valladares a su paso; y es de tal calidad que por un momento ha debido dejarla pensativa.

Frente al dogma de la inferioridad intelectual se ha levantado el de la diferenciación sexual. Ya no se discute, como el siglo pasado, si la mujer es superior o inferior; se afirma que es *distinta*. Ya no se trata de un cerebro de mayor o menor peso o volumen, sino de unos cuerpecillos esponjosos, llamados glándulas de secreción que imprimen un carácter peculiar a la criatura determinando su sexo y con éste sus actividades en el campo social.

Nada tengo que objetar a esta teoría en su aspecto *fisiológico*, pero sí a las conclusiones que se pretende extraer de la misma. ¿Que la mujer es distinta? De acuerdo. Aunque tal vez esta diversidad no se deba tanto *a la naturaleza como al medio ambiente* en se que ha desenvuelto. Es curioso, cuando tantas consecuencias se han sacado de la teoría del medio en la evolución de las especies, que aparezca completamente olvidada cuando se trata de la mujer. Se considera a la mujer actual como un tipo íntegro sin tener en cuenta que no es más que el producto de un medio permanentemente coactivo, y que es casi seguro que restablecidas en lo posible las condiciones primarias, el tipo se modificaría ostensiblemente, burlando, tal vez, las teorías de la ciencia que pretende definirla.

---

<sup>1</sup> *Solidaridad Obrera*, 15.10.1935, s.p. Este periódico nació a principios del siglo XX como órgano de expresión del sindicalismo anarquista; se publicaba en Barcelona y tuvo una vida azarosa. Durante la guerra civil llegó a tener una tirada de 220.000 ejemplares. Lucía Sánchez Saornil publica en este periódico varios artículos en los que plantea con claridad su posición con respecto de la emancipación femenina, tema sobre el que disiente radicalmente de las afirmaciones de sus compañeros de militancia anarquista. La escritora consideraba necesario actuar para difundir entre las mujeres las teorías libertarias considerando que la emancipación femenina no dependía exclusivamente de la revolución social. Alrededor de este tema se desarrolló un debate muy intenso, puesto que los dirigentes anarquistas consideraban que una lucha por la liberación femenina tendría consecuencias negativas para los intereses de la clase obrera.

Por la teoría de la diferenciación la mujer no es más que una matriz tiránica que ejerce sus oscuras influencias hasta los últimos repliegues del cerebro; toda la vida síquica de la mujer supeditada a un proceso biológico, y tal proceso biológico no es otro que el de la gestación. “Nacer, sufrir, morir”, dijimos en un artículo anterior. La ciencia ha venido a modificar los términos sin alterar la esencia de este axioma: “Nacer, gestar, morir”. Y he ahí todo el horizonte femenino.

Claro es que se ha pretendido rodear esta conclusión de doradas nubes apoteósicas. “La misión de la mujer es la más culta y sublime de la naturaleza, se dice; ella es la madre, la orientadora, la educadora de la humanidad futura.” Y entre tanto se habla de dirigir todos sus pasos, toda su vida, toda su educación a este solo fin; único, al parecer, en perfecta armonía con su naturaleza.

Y ya tenemos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre. Porque resulta que los sabios no han descubierto ningún mediterráneo; a través de todas las edades se ha venido practicando la exaltación mística de la maternidad; antes se exaltaba a la madre prolífica, paridora de héroes, de santos, de redentores o tiranos; en adelante se exaltará a la madre eugenista, a la engendradora, a la gestadora, a la paridora perfecta; y antes y ahora todos los esfuerzos son convergentes a mantener en pie la brutal afirmación de Okén que citaba el otro día: “La mujer no es el fin, sino el medio de la naturaleza; el único fin y objeto es el hombre.”

He dicho que teníamos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre, y he dicho mal; ya tenemos algo peor: el concepto de madre absorbiendo al de mujer, la función anulando al individuo.

Se diría que en el transcurrir de los siglos el mundo masculino ha venido oscilando, frente a la mujer entre dos conceptos extremos: de la prostituta a la madre, de lo abyecto a lo sublime sin detenerse en lo estrictamente humano: la mujer. La mujer como individuo, como ser racional, pensante y autónomo.

Si buscáis a la mujer en las sociedades primitivas sólo hallaréis a la madre del guerrero, exaltadora del valor y de la fuerza. Si la buscáis en la sociedad romana, sólo hallaréis a la matrona prolífica que surte de ciudadanos la República. Si la buscáis en la sociedad cristiana la hallaréis convertida en la madre de Dios.

La madre es el producto de la reacción masculina frente a la prostituta que es para él toda mujer. Es la deificación de la matriz que lo ha albergado.

Pero - y nadie se escandalice, que estamos entre anarquistas y nuestro primordial cometido es restablecer las cosas en sus verdaderos términos, derrumbar todos los falsos

conceptos por prestigiados que estén -, la madre como valor social no ha pasado hasta el momento de ser la manifestación de un instinto, un instinto tanto más agudo cuanto que la vida de la mujer sólo ha girado en torno a él durante años; pero instinto, al fin; apenas, en algunas mujeres superiores, ha alcanzado la categoría de *sentimiento*.

*La mujer, en cambio, es el individuo, el ser pensante, la entidad superior.* Por la madre queréis excluir a la mujer cuando podéis tener mujer y madre porque la mujer no excluye nunca a la madre.

Desdeñáis a la mujer como valor determinativo en la sociedad dándole *la calidad de valor pasivo*. Desdeñáis la aportación directa de una mujer inteligente por un hijo tal vez inepto. Repito que hay que restablecer las cosas en sus verdaderos términos. Que las mujeres sean mujeres ante todo; sólo siendo mujeres tendréis después las madres que necesitáis.

Lo que verdaderamente me asombra es que compañeros que se llaman anarquistas, alucinados, tal vez, por el principio científico sobre que pretende estar asentado el nuevo dogma, sean capaces de sustentarlo. Frente a ellos me asalta esta duda: si son anarquistas no son sinceros, si son sinceros no son anarquistas.

En la teoría de la diferenciación, la madre es el equivalente del trabajador. Para un anarquista antes que el trabajador está el hombre, antes que la madre debe estar la mujer. (Hablo en sentido genérico) Porque para un anarquista antes que todo y por encima de todo está el *individuo*.

Lucía Sánchez Saornil